

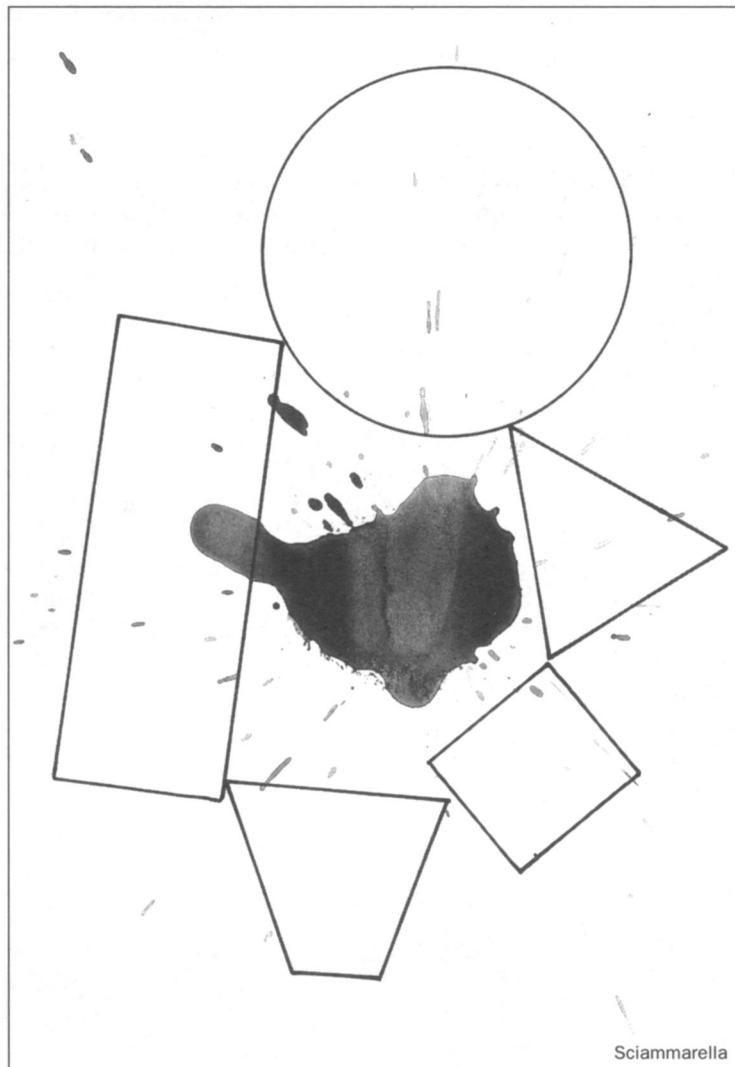
Cada religión tiene un tesoro

El jesuita Javier Melloni acaba de publicar en la colección ‘Cristianisme i Justícia’ un cuaderno sobre el diálogo interreligioso en el mundo de hoy y su futuro titulado ‘Los ciegos y el elefante’.

Rosario Bofill, Toni Comín y Lorenzo Gomis han mantenido con él en la redacción de ‘El Ciervo’ la conversación que a continuación reproducimos

Rosario Bofill: La aparición de tu cuaderno *Los ciegos y el elefante, diálogo interreligioso*, publicado por Cristianisme i Justícia, ha coincidido casi con la Declaración del Vaticano *Dominus Iesus* sobre la unicidad y universalidad indiscutibles de Cristo y la mediación insuperable de la Iglesia Católica. ¿Cómo se concilia esto con tu posición? Tú escribes: “La Iglesia se encuentra hoy ante una situación parecida a la que se encontraron Pablo y la primera comunidad cristiana: si en aquel momento se tuvieron que plantear cómo transmitir el núcleo de la fe sin tener que pasar del Judaísmo, el reto que se nos presenta hoy ante las otras culturas es cómo transmitirlo más allá del legado greco-latino”. ¿Por qué crees que hoy estamos otra vez ante un reto y cómo crees que está reaccionado la Iglesia Oficial ante él?

Javier Melloni: Ante todo diría que, frente al proyecto de la “Aldea Global”, es toda la cultura occidental necesita una cura de humildad: no podemos continuar creyendo que somos el centro del mundo. Hemos de superar este instinto tribal si queremos salir realmente al encuentro de otras culturas y religiones, y no devorarlas o exterminarlas, como parece que hemos venido haciendo hasta el presente. Esta actitud afecta a nuestra concepción y formulación de la fe cristiana tal como la hemos vivido hasta ahora. En primer lugar, está la cuestión de la inculturación. Hasta hace bien poco, habíamos identificado la Revelación del acontecimiento de Cristo con la formulación histó-



rico-cultural que se elaboró durante los siglos I al IV de nuestra era. Hoy, al entrar en contacto con otras culturas, descubrimos que lo que nos parecía la única manera de expresar los grandes misterios de la fe puede ser enriquecido y ampliado por otros conceptos y símbolos tan capaces o más que los nuestros para vehicular el Misterio de Cristo, y todavía más, el de Dios, los cuales estarán siempre más allá de toda formulación. Distinguir lo que es el núcleo de la fe de lo que es una formula-

ción de época o cultural, en concreto, de esa época y cultura greco-latina, es todo un ejercicio de discernimiento del que sólo recientemente hemos tomado conciencia. Y hay que asumir que esta tarea no se va a resolver en los próximos veinte o treinta años, sino que se prolongará durante varias generaciones, tal como sucedió en la elaboración de los primeros dogmas. Será un trabajo lento, donde, sin duda, se cometerán errores, pero no lo hemos de vivir como una amenaza, sino como una formidable oportunidad que ampliará los horizontes de nuestra fe, una fe que durante demasiado tiempo ha identificado el dedo con la luna.

Rosario Bofill: Desde el Concilio Vaticano II se ha ido pasando de un Eclesiocentrismo duro a una Teología Cristocéntrica, la cual también parece que se está superando, para ir hacia algo mucho más interesante como es la Teología del Diálogo y del pluralismo, algo que promete ser realmente más apasionante.

Toni Comín: Pero la propuesta de Javier Melloni no es pluralista.

Javier Melloni: No, es más bien pneumatocéntrica.

Rosario Bofill: ¿Qué quiere decir?

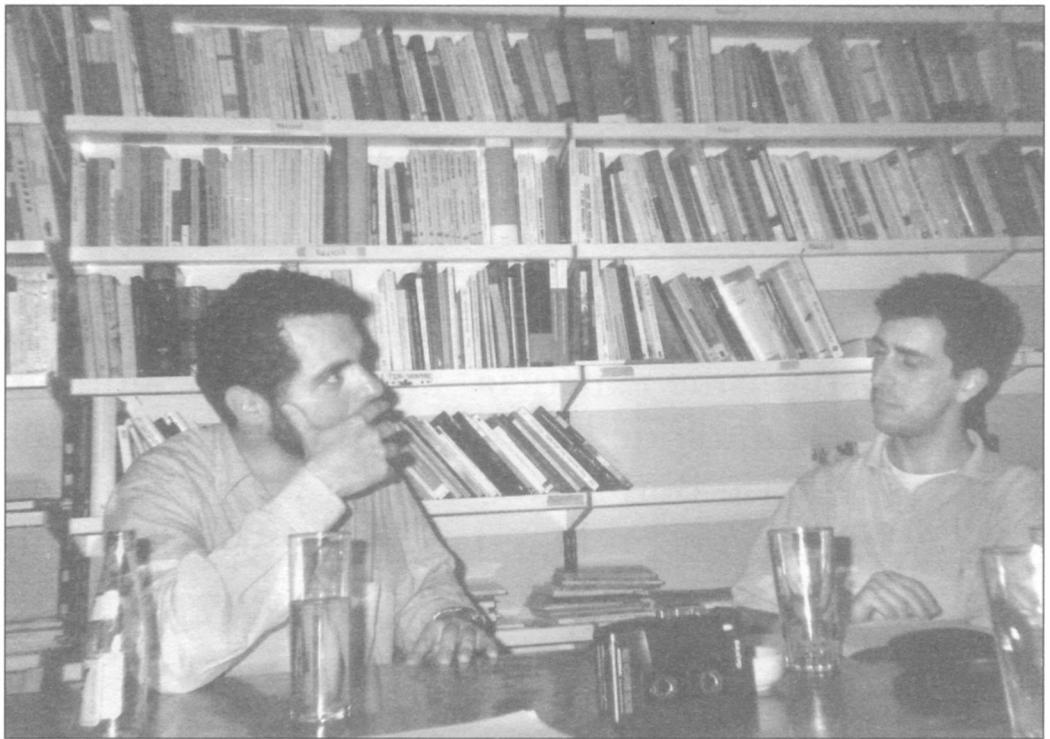
Javier Melloni: Significa que el Espíritu (*Pneuma* en griego) es puesto en el centro. El Espíritu es el dinamismo de Dios que da forma a las personas y a las cosas, mientras que Jesucristo es la *Forma acabada* hacia la que tienden todas las formas. Lo peligroso del Cristocentrismo es que, según cómo

presente a esa *Forma acabada* de Cristo, Cristo puede quedar reducido a una *forma que se acaba*. Tal es el peligro de textos como la reciente Declaración Romana. En cambio, el *Pneuma*, el Espíritu, es esa Fuerza, ese Impulso de Dios, ese Viento que no sabemos de dónde viene ni a dónde va y que, por tanto, está siempre renovando las palabras, conceptos y estructuras que en un momento dado pueden vehicularlo. El cisma entre Oriente y la Iglesia latina se debe precisamente a esa tentación romana de un Cristocentrismo rígido que olvida al otro brazo del Padre, el Espíritu. Es más sencillo fijar unas palabras y unas estructuras que dejarlas abiertas a esas bocanadas del Espíritu que pueden hacerlas saltar, y ciertamente relativizar. Sin embargo, es fundamental comprender que lo Pneumatológico, la acción del Espíritu, no está separado de Cristo. Porque Cristo fue y es precisamente Aquél que acogió plenamente al Espíritu. El problema está en que nosotros nos acercamos a Cristo con las manos impuras, porque tendemos a apropiárnoslo, con lo cual lo disminuimos y lo reducimos a nuestro pequeño mundo. La única forma de acercarse a Cristo es bajo el mismo dinamismo del Espíritu, esto es, desde la santidad y desde la libertad, lo que hace que Cristo no se convierta en un ídolo, sino en un Horizonte que está siempre más allá de nuestros límites.

TEOLOGÍA EN DIÁLOGO

Rosario Bofill: ¿En qué consistiría entonces hoy confesarse “cristiano”?

Javier Melloni: El cristiano es esa persona que cree que la plenitud de lo humano se ha revelado en Cristo Jesús, y que esta misma vía es la que abre a la plenitud de lo divino. De aquí que un cristiano no pueda dejar de anunciar, del modo que sea, que lo de Jesús es para toda la Humanidad, no sólo para unos cuantos. Sin embargo, este anuncio se puede hacer de dos modos muy diferentes: ignorando lo que las demás religiones y culturas contienen ya de humano y de divino, o reconociéndolo e impulsándolo. El Cristocentrismo tiende más fácilmente a ser excluyente, mientras que el Pneumatocentrismo es más capaz de reconocer la presencia crística en otras religiones. Con todo hay que decir que esta segunda posición, que podría llamarse “Cristocentrismo implícito”, es tildada de “absorcionista” por algunos. “Vosotros –nos dicen– reconocéis en nosotros semillas de Cristo, pero las reconocéis sólo en la medida en que son semejantes a las vuestras, sino, las ignoraríais”. Este punto es delicado, porque lo que a nosotros nos puede parecer una postura abierta al diálogo, puede no ser percibido así por nuestros interlocutores. Ante este *impasse*, aparece



Javier Melloni conversa con Toni Comín

esa “Teología en diálogo”, que dice: “No planteemos las cosas desde la pretensión de Absoluto que cada religión defiende, sino acerquémonos a partir del Tesoro que cada religión tiene en sus manos, sabiendo que toda religión y todo creyente es desbordado por el Tesoro que contiene”. Y desde esa conciencia de que tenemos un Tesoro y de que también lo tienen ellos, nos vamos acercando, alegrándonos por las semejanzas e enriqueciéndonos con las diferencias. Ésta sería la postura actual de vanguardia. Lo que es nuevo en ella es este modo de hacer teología, porque se parte de una teología que no está acabada.

Toni Comín: ¿Podrías explicar más en qué

No planteemos las cosas desde la
dimensión de Absoluto de cada
religión, sino del Tesoro que cada
una tiene en sus manos

consiste la novedad de esta “Teología en diálogo”?

Javier Melloni: Hasta ahora, el punto de partida de la teología ha consistido en tener un sistema compacto que ha defendido y dominado, y a partir de ese sistema cerrado, compara, valora y, en el mejor de los casos, trata de compatibilizarlo con otros esquemas. Una “Teología en diálogo” significa que el modelo no está concluido sino que está haciéndose permanentemente, y que lo que fecunda la elaboración de ese modelo es la escucha real de las otras perspectivas que entran en diálogo. ¿Hacia qué modelo nos encaminamos? Sobre esto hay diferentes opiniones. Hay quienes creen que nos dirigimos hacia una única religión planeta-

ria. Esta concepción tiene su belleza, pero también presenta sus problemas, porque, como en el caso de los que defienden una única lengua para todo el planeta, ello conllevaría la pérdida de la riqueza de la diversidad. Otros piensan que nos dirigimos hacia una configuración de religiones donde cada cual seguirá practicando la suya, pero sin esa furia de Absoluto que hasta ahora han tenido la mayoría de ellas. **Lorenzo Gomis:** ¿Y dónde se hace esta “Teología en diálogo”? ¿Quién la hace y dónde? ¿Participan todas las religiones en este debate?

Javier Melloni: Actualmente existen varias instituciones mundiales que, por diferentes cauces, organizan encuentros interreligiosos. El primer encuentro mundial de las religiones tuvo lugar en Chicago en el 1893, en el que se constituyó el Parlamento de las Religiones del Mundo (CPWR). Están luego la United Religions Initiative (URI), con sede en San Francisco y la Conferencia Mundial de las Religiones por la Paz (WCRP), así como también existe una red de grupos interreligiosos que se reúnen habitualmente, llamados Centros Interfaith. En el ámbito más explícitamente cristiano es importante señalar la labor del Consejo Ecuménico de las Iglesias (CEI). Estas organizaciones, además de tener sus reuniones periódicas, convocan diferentes tipos de encuentros, unas veces más públicos y otras más privados, en los que se va gestando poco a poco una simpatía y conciencia común y en los que tratan de llegar a unos acuerdos mínimos, al menos en materia de justicia y de paz.

Lorenzo Gomis: ¿Participan los teólogos?
Javier Melloni: No siempre. A veces los convocados son líderes espirituales con un cierto carisma. Esto depende tanto del tipo

de encuentros como de lo que cada Confesión valore más: si a la figura espiritual, al teólogo o al jerarca, es decir, a su representante oficial, por así decirlo. Mi opinión es que se avanza muy tímidamente en algo que, a mi modo de ver, debería estar en el primer lugar: la contemplación. Es decir, que fueran encuentros primordialmente de oración y que, desde ese silencio que fecunda, se pudiera realizar realmente el diálogo interreligioso. Creo que hay deseos de que sea así, pero al mismo tiempo hay miedos, porque el Silencio disuelve las palabras y entonces nos parece que nos perdemos. Pero es que sólo habrá encuentro si hay pérdida.

Lorenzo Gomis: ¿No ha llegado a haber ningún encuentro en el que se ora conjuntamente?

Javier Melloni: Sí, ha habido un precedente: el Encuentro de Asís, convocado por Juan Pablo II en 1986, para orar por la paz. Por primera vez en la historia acudieron personalidades religiosas tan relevantes a un encuentro así. Sin embargo, cada confesión oró primero por separado, y luego se reunieron para dar un mensaje conjunto al mundo. Todavía queda largo camino por recorrer. Por otro lado, aunque fue un gesto conmovedor ver al Papa de igual a igual con los demás líderes religiosos, no dejaba de ser él el que convocaba, el que jugaba en casa, digamos. Se ha lamentado que cuando esta iniciativa ha sido tomada por otros, el Papa no haya acudido.

LA IGLESIA TENDRÍA QUE CALLAR

Rosario Bofill: Según lo que estás explicando, la Iglesia tendría que callar durante una temporada.

Javier Melloni: En efecto, pero nos da miedo el silencio. Porque lo confundimos con el vacío. Un vacío que, por otro lado, no es el “vacío oriental”, el cual solemos confundir con nuestro concepto de “nada”. El vacío oriental, que en japonés se llama *sunyata*, no se corresponde con lo que nosotros entendemos por “vacío” o por “nada”, sino que es un vacío “lleno”. Precisamente esta cuestión es la que provocó una confusión con el Papa hace unos años, cuando en aquel libro, *En el umbral de la esperanza*, tachó al Budismo de ateo. Cuando el Papa pasó por Sri-Lanka, los monjes budistas le hicieron boicot, porque se consideraron insultados por el modo de interpretar desde Occidente ese vacío, que para ellos es la mejor forma de indicar la plenitud. Así pues, volviendo a la pregunta sobre si la Iglesia tendría que callar, diría que sí. Todos, todos tendríamos que aprender a callar. Pero no callar para quedarnos mudos, sino para quedarnos en silencio. Y es que hay un callar que procede de no saber qué decir y hay otro callar que proce-

de de que hay tanto que decir, que nos sobrecoge y nos recoge, y nos silencia, para permitir que sea Otra Voz la que hable. Pero eso pide una obertura, una humildad, una confianza que, desgraciadamente, escasamente tenemos. No lo digo sólo de la gran Iglesia, sino de todos nosotros: somos unos grandes parlanchines, porque somos poco dados a la oración.

Toni Comín: Yo concibo a Dios como creador del hombre libre. Dios mismo es el que permite que el hombre le rechace. Y si el hombre, que es libre, puede rechazar a Dios, también es capaz de provocar víctimas que son fruto de esa posibilidad que tiene el hombre de olvidar, de rechazar al otro y a los otros. Dios quiere salvar a estas víctimas de la historia, pero lo hace sin

Cada religión muestra una de
las caras de un diamante y cada
cara emite un destello que vale
para toda una vida

menoscabo de la libertad humana, ya que Él mismo, por amor, hizo al hombre libre; pero, por amor también, quiere salvar a las víctimas de esta misma libertad. Para entender esta paradoja, la figura de la Cruz es fundamental. Es decir, en Jesús crucificado, Dios se nos revela de manera definitiva: por su muerte, que es la vulnerabilidad y el vaciamiento total, Dios salva a las víctimas sin suspender la libertad humana. Y esto, porque Dios es amor: la lógica de Dios es morir como una víctima más, por solidaridad con las víctimas. Esta figura de la Cruz es el rasgo distintivo del Espíritu y es lo que hay que descubrir presente en otras religio-

Javier Melloni: En efecto, la Cruz revela dos cosas: revela algo de Dios y algo de los hombres. Lo que revela de Dios es que Dios no es poder sino Amor, es decir, despojo de toda forma de poder; y lo que revela de los hombres es que, cuando tenemos poder, somos capaces de devorarnos hasta el extremo. Ante ello, el poder de Dios es perdonar, esto es, “dar sin medida”. Porque el término “perdón” está compuesto a partir de dos partículas: “per” y “don”. “Per” es una preposición de superlativo, presente también en palabras como “perseguir”, que es seguir algo hasta el final, o “perfección”, para indicar que algo está hecho (*factus*) hasta el extremo de sus posibilidades. Así pues, “per-donar” es “dar algo sin medida”. El lugar en el que descubrimos por excelencia quién es Dios es la Cruz: allí donde nada de lo humano le es dado y todo le es arrebatado, allí es donde Él se da y se da en forma de resurrección, es decir, transmitiendo su Espíritu. Este exceso de Amor despojado no ha sido revelado por ninguna

otra religión. A la misma primera comunidad cristiana, procedente del Judaísmo, le costó su tiempo comprender que el Dios innominable del Cielo y el inocente torturado en la Tierra se habían hecho para siempre una sola persona en Cristo Jesús. Eso, 2.000 años después, creo que ni nosotros mismos lo entendemos. Pero disponemos de unas fórmulas (los dogmas) que tratan de transmitirlo, con el peligro de que utilizemos esas fórmulas sin comprender lo que estamos diciendo. Suponemos un conocimiento de Dios sin que nosotros mismos quedemos convertidos por él.

Rosario Bofill: Una vez más, la ambigüedad de las palabras y la necesidad de callar.

Javier Melloni: Para así abriarnos a la dimensión polisémica de los símbolos y de la realidad. La misma Cruz simboliza otra cuestión: el movimiento descendente y ascendente de Dios, abrazando y abarcando toda la realidad en él. Hasta ahora, el Cristianismo, por sus orígenes semíticos, ha subrayado el Dios Trascendente que “desciende”, que se encarna para “salvar” al mundo. En cambio, otras religiones, sobre todo las orientales, parten de otra concepción: del Dios inmanente, que se revela desde abajo y que está presente en todas las fuerzas y manifestaciones que laten en el mundo. En Cristo Jesús, el Dios-Hombre y el Hombre-Dios, se encuentran ambas dimensiones, pero debido a la sensibilidad semítica y occidental —que tiende a tener una relación utilitarista con el cosmos, más que admirativa—, nos hemos decantado por la visión de un Dios únicamente trascendente, lejano del mundo, descuidando esa inmanencia divina que se revela también en Jesús. En este Dios revelado en la humanidad de Jesús, que es inmanente al mundo, creo yo que es por donde podríamos acercarnos a las religiones orientales. Hace algunos años que voy pensando en todo esto, pero noto que me queda mucho por reflexionar. El Dios inmanente es el que nos acerca a la Energía del Espíritu Santo, entendida como aquel Dinamismo que lleva todas las cosas hacia Dios y que hace que podamos reconocer en cualquier movimiento de entrega, de donación, la chispa de Dios. De este modo, la Unicidad de Jesús —que sea el “Único”— deja de ser exclusiva y se abre a todos. La gran tentación de toda religión es su carácter excluyente y narcisista: “Somos los únicos”. Cuando una religión se concibe a sí misma como una predilección y privilegio divinos, se está condenando a sí misma. El Cristianismo ha heredado de Israel ese giro exclusivista que le hace intolerante con otros credos, cuando Jesús, en verdad, no hace más que revelar la “hijeidad”, esa filiación divina que está inscrita en todos los humanos. Porque Jesús no es más que Aquél de entre nosotros que ha sido plenamente Hijo y que, por lo tanto, revela la

capacidad que tiene toda la Humanidad de recibirse desde Dios.

Toni Comín: Entonces, en todas la realidades de "hijeidad" en que los humanos intenten vivir a la manera de Dios, es decir, según el Amor despojado, habrá una dimensión crucificada, ¿no?

Javier Melloni: Dios es amor, la realidad toda es amor y es sostenida por el amor; todo es éxtasis, todo está saliendo permanentemente de sí. La Creación es una explosión continua de deidad, de esencia divina expandiéndose sin cesar. Lo que llamamos "el mal" es la interrupción de ese éxtasis, la apropiación: cuando eso que nos ha sido dado para que lo demos y para que fluya, lo retenemos y lo poseemos. Y sucede que, en la Tierra de la Apropiación, es decir, en la historia humana, el que ama como Dios es crucificado porque tiene que romper eso que está bloqueado. La Cruz es la dimensión dolorosa del amor, mientras que la Resurrección es la dimensión luminosa de ese mismo Amor. Por el lado de la historia es Cruz, por el lado de la transhistoria, es Resurrección. Lo que en el tiempo percibimos como separado, desde el Otro Lado de las cosas es instantáneo, es decir, en cada momento, simultáneamente hay Cruz y hay Resurrección.

Toni Comín: Todos los minutos son simultáneamente historia y transhistoria.

Lorenzo Gomis: En tu publicación comentas que, en este diálogo interreligioso, cada Tradición da o puede dar lo mejor de sí misma. Hay un pasaje muy bonito en el que dices: "Desde esta actitud de respeto y de acogida nos podemos enriquecer los

porque, como dice T.S. Eliot, "el ser humano no es capaz de soportar demasiada realidad". Cada religión "soporta" algo de la realidad de Dios y con este destello ya tiene camino infinito para ahí perderse.

EL DESTELLO DE CADA RELIGIÓN

Lorenzo Gomis: ¿Y cuál es el destello de cada religión? Por ejemplo, ¿cuál es la aportación del Judaísmo?

Javier Melloni: La aportación del Judaísmo al foro de las religiones es la revelación de un Dios que está constantemente atrayendo a su Pueblo hacia sí, que lo va liberando de sus cargas históricas y que lo va purificando, porque el Pueblo se pierde con frecuencia siguiendo otros deseos, y Él le va recordando cuál es el único deseo: el deseo de Dios. Ese deseo de Dios se concreta a través de cuidar a la viuda, al huérfano y al extranjero, que son las tres dimensiones del "amor tierno" de Dios (el intraducible *hesed* u *emet* hebreo). Y es que cuando el Pueblo es infiel, Dios, a pesar de todo, sigue siendo fiel. A través de los avatares de la historia, los profetas van aprendiendo a interpretar la pedagogía de Dios para con ellos, descubriendo que no hay

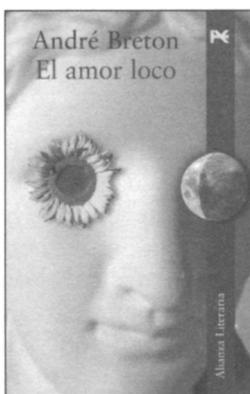
La Cruz es la dimensión dolorosa del amor, mientras que la Resurrección es la dimensión luminosa de ese mismo amor

unos a los otros por la manera específica con que cada religión se acerca al Absoluto o a la Realidad trascendente". Y a continuación presentas los rasgos más característicos de algunas de ellas. Me gustaría que lo pudieses desglosar o especificar un poco más.

Javier Melloni: También a mí me gusta ese pasaje, porque trata de transmitir la bellísima idea de que cada religión no hace más que mostrar una de las caras de un diamante inagotable, y que cada cara emite un destello de luz que vale para toda una vida

Alianza Literaria

Yasmina Khadra
Lo que sueñan los lobos



André Breton
El amor loco

Peter Handke
Carta breve para un largo adiós



Edda Mayor
Traducida, anotada y prologada por Luis Lerate

Snorri Sturluson
Edda Menor
Traducida, anotada y prologada por Luis Lerate



Alianza Editorial

Juan Ignacio Luca de Tena, 15 · 28027 Madrid · Tlf.: 91 393 85 90 · Fax.: 91 742 64 14 · e-mail: edera@anaya.es

una historia profana separada de la historia sagrada, sino que todo lo que acontece puede ser leído, interpretado, como un gesto de la Alianza. Esta es la aportación, sin duda, del Judaísmo: la Religión-Historia, la Historia como reveladora de la presencia de Dios. Que la historicidad sea espacio de revelación es la característica más específica de la religión de Israel. En esto, el Cristianismo es plenamente heredero del Judaísmo, llevándolo al extremo: ese Dios que nos ama, no sólo nos ama “desde arriba”, por decirlo así, sino que Él mismo se hace historia, unificando para siempre tiempo y eternidad en una sola persona.

Lorenzo Gomis: Respecto a Oriente, ¿qué podrías decir del Budismo y del Hinduismo?

Javier Melloni: En una primera aproximación, podríamos decir que el Budismo es al Hinduismo lo que el Cristianismo es al Judaísmo. Esto tiene su interés porque con frecuencia no sabemos situar al Budismo respecto del Hinduismo. El Budismo surge como una reforma radical y ruptura en un momento de decadencia del Hinduismo, en el siglo V antes de Cristo. La diferencia está en que si bien Buda rompió explícitamente con el Hinduismo, no fue ésta la intención primera de Jesús respecto del Judaísmo. Respondiendo a tu pregunta, y comenzando por el Hinduismo, diría que lo propio suyo, su destello, su regalo a la Humanidad, es mostrar que la Creación es la danza de Dios y que la danza es inseparable del Danzarín. Tal es la doctrina del *Advaita*, de la No-dualidad. Danzando, la Creación manifiesta los destellos de Dios en cada expresión de vida. De aquí que se diga que el Hinduismo tiene más de treinta y tres millones de dioses. Pero en realidad, no es que tenga treinta y tres mil millones de dioses, sino que hay treinta y tres mil millones de manifestaciones de Dios, cosa que es muy diferente. Ellos ven a Dios disfrazado en todas las formas de belleza, de vida y también de dolor y de destrucción que hay en el mundo.

El Budismo, en cambio, acentúa otro aspecto: cómo liberarse del dolor. Para Buda, el origen de todo dolor humano es el deseo del yo, de ese yo posesivo que nos separa de los demás y del Todo. El Budismo es un camino –una práctica y una doctrina– para lograr la disolución del yo en el Todo. Esta disolución no es nihilismo, sino plenitud.

Rosario Bofill: Aquí es cuando el diálogo intercultural e interreligioso empiezan a hacerse complicados.

Javier Melloni: Efectivamente. Entre otras cosas, porque la aportación más importante del Cristianismo ha sido revelar el carácter sagrado de la *persona*, la cual está en la base de los derechos humanos y de toda la cultura occidental, por lo menos, en teoría. El concepto de *persona* procede de la teolo-



Javier Melloni, con Toni Comín y Rosario Bofill

gía cristiana sobre la Trinidad: Dios como comunión de Personas, donde la unión no diluye la identidad y donde cada identidad es tan importante como la unión. Desde el punto de vista de cristiano, el máximo de unión es al mismo tiempo el máximo de personalización. Esto choca con la concepción budista, porque para Oriente, la conciencia de un yo personal priva de la conciencia del Todo y sigue siendo un núcleo de dolor y de egoísmo. Aquí es donde el diálogo interreligioso debe ser muy fino, y descubrir que los conceptos que utilizamos no son equivalentes: el Budismo sólo tiene

Oriente acentúa
la dimensión oceánica
mientras que Occidente,
la dimensión personalista

en cuenta el yo, que es el *aham*, el cual no se corresponde con la noción cristiana de *persona*, sino con la de *individuo*. El concepto de individuo sí que sería semejante al yo budista, y es lo que habría que exterminar, mientras que la *persona* es que lo que hay que preservar al máximo, porque ella es justamente lo que nos hace ser lo que somos: capaces de unirnos a Dios y a la Totalidad, sin perder nuestra identidad. Allí hay un tema muy sugerente: la gota de agua que se funde en el mar, ¿deja de ser gota porque pierde su contorno, o es todavía más gota porque precisamente se une a todas las demás, sin que sus partículas de H₂O hayan desaparecido? La sustancia de aquella gota que termina en el mar sigue existiendo, pero sin contorno. Occidente,

de alguna manera, trata de retener la forma de la gota sin pensar suficientemente que esa gota, en su “acuidad”, no se pierde, sino que alcanza su plenitud diluyéndose, porque justamente el mar es la suma de partículas de H₂O. Se podría decir que Oriente acentúa la dimensión oceánica, mientras que Occidente acentúa la dimensión personalista. Este ejemplo muestra la complejidad del diálogo interreligioso, porque lo que es un valor absoluto para una religión, en su propia constelación de significados, sacado de contexto pierde su valor, y esto lo complica todo.

Lorenzo Gomis: ¿Y que dirías de las demás religiones? ¿Del Taoísmo, del Islam,...

Javier Melloni: El Taoísmo propone una vía (*tao* significa precisamente “vía”, “camino”) para entrar en comunión con la energía de la vida (el *chi*). Para ello, también aquí hay que perder el yo que nos bloquea y entrar en comunión con las diferentes fuerzas físico-energético-espirituales que lo envuelven todo. El Taoísmo aporta la noción del Vacío como camino de plenitud a través del actuar espontáneo. Se trata de participar de esa Realidad plena de la que uno forma parte y volver a la inocencia originaria, unificando la dualidad del *ying* y del *yang* que lo atraviesa todo. En cuanto al Islam, está viviendo una época mala, a la defensiva, intentando conservar su identidad frente a Occidente, y eso le hace agresivo. Del Islam se ha dicho que es una popularización del Judaísmo, una facilitación que da unas señas de identidad muy simples a todo un pueblo que en un momento no las tenía. Mahoma tuvo el don de aglutinar, con pocas pautas, a unas tribus que estaban dispersas en el desierto. Para hacerse musulmán, basta con practicar cinco prescripciones, sin necesidad de pasar

por ningún tipo de ritual especial: la primera es reconocer que Allah es el único Dios y que Mahoma es su profeta; la segunda es hacer las cinco oraciones al día (práctica que parece estar inspirada en los monjes cristianos que vivían en el desierto en tiempos de Mahoma); el hecho de detenerse cinco veces al día y de ofrecer lo que uno vive a Dios da una fuerza religiosa evidente; luego está el Ramadán, esos treinta días de abstención de las pulsiones depredadoras, que sirve para darse cuenta de que el deseo puede ser controlado, protegiendo así a la comunidad de las fuerzas individuales devastadoras; la cuarta prescripción es practicar la limosna con los pobres; y por último, intentar peregrinar a la Meca, al menos una vez en la vida. Hace poco vi una fotografía de esas masas de peregrinos vestidos todos de blanco, girando en torno a la kaaba, la piedra negra de la Meca, uno de los mayores polos magnéticos de la Tierra. Era increíble la energía, la fuerza de comunión humana que emanaba de esa fotografía.

Toni Comín: Tendríamos que conseguir que, en una ciudad como Barcelona, musulmanes y cristianos rezaran juntos. Sería una de las maneras de favorecer la convivencia interreligiosa.

Rosario Bofill: A mí me parecería estupendo. Por cierto, en cuanto a América...

Javier Melloni: Con las religiones amerindias hemos sido muy injustos. Qué pena que en lugar de entender la Cruz como vínculo de fraternidad, la hayamos utilizado como espada para imponernos a los demás. En las religiones amerindias hay una gran interacción entre el inframundo, el mundo y el supramundo. Todo está relacionado, todo afecta a todo. El espacio sagrado por excelencia es la Naturaleza, la matriz primordial a la cual se tiene una gran reverencia. Este vínculo no sólo es con la Tierra, sino con la energía de la tierra: la Madre Tierra, "*Pacha Mama*". La llegada de Occidente a América, con nuestra masculinidad cultural tan violenta, supuso la violación tanto de sus bienes y de sus habitantes como de sus cultos y creencias. El amerindio, en cambio, no es violento porque participa de esa feminidad de la Madre Tierra, a cuya matriz se siente vinculado. Se están rescatando últimamente los cultos y creencias de esas religiones, pero veremos si no es demasiado tarde. En cuanto a las Religiones Animistas, nos recuerdan que todo está vivo, que incluso un objeto aparentemente inanimado tiene una Presencia, que todo irradia una Presencia que va más allá de lo perceptible. Sin embargo, parece ser que el problema mayor del Animismo es estar dominado por el miedo, por un temor omnipresente a las fuerzas maléficas.

Lorenzo Gomis: ¿Y el Confucionismo?

Javier Melloni: De alguna manera, en la China tradicional, el Taoísmo aportaba la

dimensión mística e individual mientras que el Confucionismo aportaba la dimensión moral y social. El Confucionismo trata de religar los distintos elementos sociales que van desde la veneración por los antepasados hasta el respeto por la jerarquía familiar y la jerarquía política. Está regido por la idea de que todo acto, por banal que parezca, repercute en la totalidad y que, por lo tanto, todo acto es religioso, porque no está aislado del resto sino que es vinculante. En el Confucionismo cada persona está ubicada en un lugar preciso, con lo armónico pero también peligroso que esta concepción implica, porque puede servir para justificar el poder establecido. De alguna manera, aunque el Comunismo trató de exterminar la religión tradicional, de hecho, se alimenta de ella.

MÁS DIÁLOGO, MÁS COMUNIÓN

Toni Comín: Ante este riquísimo panorama, estaba pensando que el diálogo interreligioso no debería servir para diluir la riqueza de cada Tradición, sino que, al contrario, debería ayudar precisamente a descubrirla. Es decir, que este diálogo debería hacer a los cristianos más cristianos, a los budistas, más budistas, etc. Cuanto más diálogo y más comunión entre las diferentes religiones, más debería acrecentarse la conciencia de la propia identidad.

Javier Melloni: Histórica y culturalmente, necesitamos de esas formas para vehicular algo de ese Todo, pero con la conciencia de que son sólo penúltimas palabras. Mientras vivamos en la historia, necesitamos de estas penúltimas palabras, necesitamos de algún tipo de forma, pero hoy ya no podemos prescindir de la conciencia de que siempre serán parciales y limitadas. Para alcanzar el Centro, debemos necesariamente recorrer uno de los radios; no podemos ni recorrerlos todos ni creer ingenuamente que ya estamos en ese Centro donde se puede prescindir de toda mediación. El ejemplo de Gandhi es ilustrativo: comenzó siendo un indio desnaturalizado, vistiendo como abogado a la occidental; pero a medida que fue reencontrando su identidad como hindú y se fue radicalizando en sus orígenes, paradójicamente se fue haciendo también cada vez más un hermano universal. No hizo ninguna mezcla, sino que, sintiendo profundamente su religión, alcanzó el Centro y se hizo universal. Se trata de un camino de santidad al que por cada radio se accede.

Lorenzo Gomis: ¿Y del Cristianismo? ¿Qué dirías de nuestra religión? En tu Cuaderno lo presentas como la revelación de un Dios que es "unión de relaciones extáticas y que ha salido tanto de sí mismo, que se ha hecho uno de nosotros, revelando el carácter sagrado del hermano".

Javier Melloni: Hablar del Cristianismo es como hablar de la propia madre: uno la quiere tanto, que da por supuesto este amor. Yo creo que el Cristianismo regala a la Humanidad la revelación del amor loco de Dios. Cuando uno ama a otra persona se identifica con ella lo más que puede, y eso

Vivimos un momento propicio de obertura. Pero esta obertura la podemos vivir como amenaza o como gran ocasión

es lo que Dios ha hecho hasta el extremo: Dios nos ha amado tanto, que se ha hecho nosotros, se ha hecho hombre. De este modo, no lo dice ninguna otra religión, y eso es lo que nos impulsa a comunicarlo. Valga una anécdota para expresar este carácter expansivo del Cristianismo: San Francisco Javier llevaba algunos años en la India cuando empezó a darse cuenta de que el Hinduismo era algo interesante y quiso hablar con un Brahmán para que le instruyese. Le costó un poco conseguirlo y cuando por fin encontró al Brahmán, éste le dijo: "Te hablaré de mi religión, pero con una condición: que no le expliques a nadie lo que te diga". Al acabar la conversación, y por el modo en que Francisco Javier tuvo de escuchar e interesarse, el Brahmán quedó impactado, y le pidió que ahora fuera él quien le explicara algo sobre el Cristianismo. Y parece ser que Francisco Javier le contestó: "Sí, pero con una condición: que lo que yo te explique se lo expliques a otra persona". Esta anécdota expresa bien dos maneras de vivir la propia fe: la del Cristianismo, que es expansiva, propia de Occidente, porque somos culturalmente centrífugos, con lo positivo y peligroso que esto tiene; y la dimensión íntima, hacia dentro, de carácter más oriental, envuelta de este Silencio que tanto nos falta en Occidente.

Rosario Bofill: Cuando Jesús dice: "enviaré el Espíritu", se refiere a esto que explicas, a ir descubriendo esta complementariedad.

Javier Melloni: Sí, y eso nos irá conduciendo a esa "Verdad plena -como dice Jesús- que todavía no somos capaces de soportar". Hasta hace poco, Occidente no podía recibir más, encerrado como estaba en sí mismo, pero ahora vivimos en un momento propicio, en que se han abierto muchos cotos cerrados. Sin embargo, esta obertura la podemos vivir como una amenaza, tal como se desprende de la reciente Declaración del Vaticano, o como una gran ocasión para enriquecer nuestra propia comprensión del Cristianismo y del misterio de Dios y del mundo. □